

bres no se han olvidado todavía : Felipe de Lanoue , Maquiavelo , Juan Bodin y Mornay ; y tocando en seguida á todas las ciencias , al arte oratoria , á la política , historia , jurisprudencia y medicina , reunirá por último en su *Aparato sagrado* , como en un repertorio , todo cuanto han dicho sobre el Antiguo y Nuevo Testamento los Concilios y santos Padres de la Iglesia griega y latina .

Otras individualidades menos brillantes , pero no menos fecundas en su esfera que las anteriores , llenan el cuadro de este primer período . De un lado aparece Martin Olavio , el catedrático de filosofía , cuya enseñanza es aplaudida por la universidad de Paris , y con cuya amistad se honraba Carlos V ; del otro se deja ver Frusis , ese francés que posee en igual escala el hebreo , el griego y el latin ; ese juríconsulto , poeta , orador , músico y geómetra , improvisando epigramas como Marcial , y trazando con mano firme eruditos *Comentarios sobre la sagrada Escritura* , ó su tratado de *La sencillez cristiana* ; mas léjos descubrimos á Estrada , Domenech , Turrian , Coster , Miron , Ribadeneira , Manare , Avez , Palmio , Vishabé , Torres , Ledesma , Gonzalez de Ávila , Elian el israelita , individuo de la Compañía de Jesús , Manuel Sa y Landini , quienes después de evangelizar á los pueblos , de instruir á los reyes , y abrir controversias públicas con los jefes de la herejía , pasaban sin transición á las escuelas de los párvulos á distribuirles el pan de la divina palabra ó de la ciencia . Pero quien descuella con mas vigor sobre toda esta serie de doctores , que en el acetismo y el derecho canónico , en la historia eclesiástica y en los deberes del cristianismo , han lanzado una luz tan viva como profunda , es Toledo .

Toledo es el genio del siglo XVI en toda su pujanza ; es la inteligencia que concibe , la sabiduría que analiza , y la fuerza que ejecuta ; el hombre , en fin , de quien Cabassuet , ese oratoriense tan juiciosamente facundo , osaba decir : « Preciso es aguardar muchos siglos para ver un hombre como Toledo . » Su émulo Bossuet no ha sido mas grande que el Jesuita cardenal ; pero menos afortunado este que el orador de la Iglesia galicana , no ha podido jamás en un estudioso retiro componer á su holgura sus innumerables obras , ni ha podido transmitir á la posteridad algunos de esos libros en que el pensamiento se reviste de los encantos de la expresion . Siguiendo en esto las huellas de sus contemporáneos , no se tomaba mas tiempo que el indispensable pa-

ra dejarse entender ; para él no existia la gloria literaria sino en los servicios prestados á la Iglesia : exigiale esta que se multiplicase , que tuviese el don de la ubiquidad y la improvisacion , sobre unas materias en que una palabra mal interpretada puede cambiarse en herejía ; y Toledo humillaba su cerviz , abandonando al capricho de los vientos una celebridad , cuyo brillo jamás ambicionara . Y sin embargo , en medio de sus viajes , supo el Jesuita ser el primero de los predicadores de la capital y del mundo . Su *Introduccion á la lógica* , sus *Comentarios sobre Aristóteles* , su tratado sobre la *Generacion y disolucion* , sus tres *Libros sobre el alma* , su *Suma de los casos de conciencia* , tan recomendada por san Francisco de Sales y Bossuet ; todas sus obras , en fin , consideradas bajo el punto de vista literario , no solo no carecen de esplendor , sino que bajo el polvo secular que las envuelve se descubre cierto perfume de ciencia , y una sublimidad de fe que desciende hasta el ornato . Toledo une en su lenguaje la constante altivez castellana y la antigua sencillez francesa .

Estos primeros Jesuitas , cuyos trabajos osamos bosquejar , no se crearon autores , dejándose arrastrar del fuego de su imaginacion . Nacidos con el genio belicoso de su época , nutridos en penosos estudios , y colocados por la Iglesia en el primer rango de sus defensores , consagraron á su servicio toda la actividad de su talento ; y sin tener otro genio é intrepidez que para combatir el edificio de la herejía , lucharon con sus jefes y con sus mas elocuentes partidarios . Dejéronse ver en las Dietas y conferencias ; oyóselos en Batisbona , Worms , Nuremberg , Ausburgo , Colonia y Poissy , y se hallaron en presencia de Melancton , de Bucero , Carlostadio , Pistorio , Hasenmuller , Beza , Pedro Mártir , Faret , Mornay y Viret . El espíritu de partido habia hecho grandes á estos sectarios , al paso que el talento que desplegaban en estos torneos de erudicion , á que asistian con toda su corte soberanos como Carlos V y Mauricio de Sajonia , y reinas como Catalina de Médicis , en calidad de jueces de la liza , dió margen á relaciones maravillosas , que se transmitieron de edad en edad .

Pero los Jesuitas quedaron dueños del campo , y la herejía ocultó sus derrotas glorificando sus defensores . Satisfechos aquellos de ver triunfar los principios ortodoxos , se sustrajeron á los elogios sepultándose en su humildad .

Habian ya reconocido la posicion de sus adversarios ; y des-

pués de haber hecho frente á sus ataques, lanzaron por todas partes sus centinelas avanzadas; y para tranquilizar á los fieles, quisieron introducir la guerra en el territorio enemigo, y arrebatarle los puestos tomados á la Iglesia. Entonces fue cuando levantándose esta generacion de controversistas, sucesores de los contemporáneos de Ignacio, y remontando, para estudiar mejor las ciencias sagradas, al origen mismo en que están contenidas, restableció la verdadera enseñanza de la Escritura y tradicion. Pero se presenta esta tan numerosa, y son tan compactas sus filas, que hace tan imposible citar á todos sus individuos como registrar sus escritos.

Belarmino marcha á la frente de esta legion que, reclutada en los diferentes países de Europa, combatirá bajo formas variadas hasta el infinito, tanto al protestantismo como á los excesos que se originan de la doctrina del libre exámen. Hombre que, como Arnauld, abrigaba en un cuerpo pequeño inmensos recursos de saber y dialéctica, autor brillante y sólido, á quien todo se le revelaba como por intuicion, ha sido tambien mas afortunado que sus predecesores y sucesores. Hase apoderado de la posteridad, pero, lo mismo que la escuela de que es jefe, ni ha sabido contener su pensamiento en sus justos límites, ni ha tratado de coartar su exuberancia y sus argumentos. Autor demasiado fecundo, y no pensando en ser culto sino por distraccion, ha escrito en un siglo que se entusiasmaba por los debates religiosos, como en otras épocas vemos precipitarse los ingenios á las contiendas políticas. No se trataba á fines del siglo XVI y principios del XVII de cuestiones ociosas ó puramente literarias: el porvenir de la fe católica se hallaba comprometido: sentíase atacada la Santa Sede, y Belarmino, que la creia infalible é inmutable como el Eterno, no solo desarrolló el principio de su autoridad, sino que le desarrolló sin reticencias, sin ambajes ni circunloquios, porque no era de esos hombres astutamente orgullosos que, por ahorrarse triunfos inconsecuentes, ahogan la verdad en su germen, y desde el pedestal que se erigen saludan con el gesto, con la voz y con la mirada al enemigo que los desprecia.

El hebreo, el griego, el latin, el castellano y aleman, eran para Belarmino su lengua materna; de todos ellos se servia con igual facilidad. Corregía la paráfrasis caldáica de la Biblia, publicaba una gramática en hebreo, hizose helenista, y refutó á Jacobo I, á

Barclay y Fra Paolo. Pero todas estas obras se ofuscan ante una sola, á que consagró su existencia entera. En efecto, las *Controversias de la Fe* son el libro que acerca á este Jesuita á la altura de los Padres de la Iglesia. En estos cuatro volúmenes en folio en que ha coordinado de un modo admirable la doctrina apostólica, aparece como canonista, jurisconsulto é historiador. Aborda todas las cuestiones, y todas las resuelve. Trata de la *palabra de Dios escrita, y no escrita*; de *Cristo, jefe de la Iglesia*; del *Papa, cabeza de la Iglesia militante*; del *soberano Pontífice*; de la *traslacion del imperio romano*; del *culto de las imágenes*; de las *indulgencias y Sacramentos*; de la *gracia y la justificacion*. En esta obra, que ha merecido el aplauso general, y que en el espacio de algunos años obtuvo el honor de diez y ocho ediciones á mas de la que tradujo al francés el cardenal Du Perron, demostró Belarmino toda la energia de sus opiniones, energia que le ha sostenido siempre al nivel de su tema. Ha sido elocuente y atrevido, sublime y circunspecto; no ha dejado lugar á la duda ni al error, y, en presencia de tantas dificultades como el dogma ó la política aglomeraban en derredor suyo, ha llegado á crear una obra de que está mas orgullosa aun la Iglesia que la misma Compañía de Jesús.

Mientras que Belarmino trazaba una nueva senda á su genio, entraban en ella otros talentos escogidos. Parsons y Campion en Inglaterra; Coton en Francia; los dos Tanner, Pazmany, Contzen y Jung en Alemania; Alfonso de Pisa y Peñalosa en España; Eudemon Juan, el descendiente de los Paleólogos, en Roma; y Scribani y Lessio en los Países Bajos, se mostraron dignos de combatir al lado de semejante maestro. Sin duda que, en unos talentos tan diversos, se encuentran grandes desigualdades; pero en todas ellas aparece el mismo vigor de inteligencia, la misma fuerza de racionio, y una erudicion que asombra á la paciencia mas ejercitada. Estos controversistas, cuyo número va á ser engrosado por los PP. Helverio, Mayer, Pflammer, Gibbon, Nay, Graff, Burton, Wetter, Wilson, Gretzer, Buzenried, Turnebulus, de Vega, Quadrantin, Barzt, Lechner, Valencia, Malon, Bosenndorf, Hofer, Romeo, Serario, Michel, Jaime Francisco, Busi, David, Keller, Hack, Vincens, Cobentzell, Jimenez, Jorge Ernesto, Steinglus, Jennison, Thyrée, Pelletan, Sturm, de Gouda, Schérer, Gautier, Holzains, Walpole, Juan Robert, Gordon, Coffin y Dupuy, discutirán, ya bajo una forma ó bajo de otra, las

cuestiones inherentes al principio religioso y social. Uniendo unos la acción á la energía, como el P. Coton en la *Concordia de ambas religiones*, ó en su *Ginebra plagiaria y relapsa*; poniendo otros en tortura su gravedad, á ejemplo del P. Conrado Wetter, y satirizando el pensamiento madre y á los hombres del culto reformado, aguzarán sobre estas materias de suyo áridas el epigrama teológico, y con mas justicia que gusto convertirán el folleto en un arma peligrosa, que escapada de manos de Garasse, caerá en las de Pascal, para herir del primer golpe á la Sociedad entera.

En aquella época, en que la sátira lo mismo que el raciocinio era cruel desapiadada, el P. Wetter, á quien la pureza de su estilo le hizo llamar el Ciceron germánico, y que obligó muchas veces á los mismos herejes á reirse de los sarcasmos que les dirigia, ha ido muchas veces mas allá de su objeto en su *Purgatorio de Lutero*, en su *Cólera de los predicantes de Ausburgo*, y principalmente en su *Lejía para lavar las cabezas enfermizas*. Seguía el pernicioso ejemplo, que no hubiera debido dar la herejía; porque si un chiste ó un delicado epigrama popularizan la verdad, las acriminaciones amargas ó las imágenes groseras no pueden obtener otro resultado que el de empañar su brillo, y deslucir su vigorosa sencillez. Pero la ciencia llegaba á la sazón á su apogeo, mientras que la malicia del talento era todavía un misterio.

Los controversistas, alimentados de estudios serios y graves, y que, como el P. Scribani, se veían honrados de los reyes y estimados de los pueblos, disfrutaban una influencia legítima, debida á la fuerza de su dialéctica, á su virtud, y acaso también á esa causticidad ó á esas hipérboles que muchas veces han mezclado en la discusión. Nuestro gusto delicado no sabe acomodarse á semejantes excesos; nosotros no comprendemos sus doctas cóleras que, según una expresión de Lamennais, lo abrazan todo, y bastan para todo. Al leerlos nos sentimos impulsados por un deseo de acriminar; pero expresamos esta acriminación sin tener en cuenta las violencias de la lucha, y los ardores de una polémica en que se agitaban millares de pasiones, por decirlo así, vírgenes. El luteranismo y calvinismo no eran por cierto unos enemigos comunes: atacaban con toda clase de armas; servíanse de la espada, y cuando los filos de esta se hallaban embotados, echaban mano del insulto ó la calumnia. Los Jesuitas franceses, españoles é italianos rara vez se mezclaron en la lucha teológica, que sostuvieron

únicamente los alemanes, belgas é ingleses; porque como en esta época solo en los Países Bajos, Alemania é Inglaterra era donde la Iglesia encontraba sus adversarios mas pronunciados, allí fue por precisión donde debieron los Jesuitas, por el interés de su causa, ostentarse tan acerbos como sus enemigos, y obligar al lenguaje á descender á la trivialidad que les oponian, con el objeto de seducir á los pueblos con el atractivo de sus sarcasmos. No hicieron mas que lo que vieron hacer. Fatigada la herejía de sus argumentos, les llamaba al terreno de la hipérbole, y acudieron á la cita; sometíanlos á la acción de las bufonadas, y emplearon el látigo del ridículo. Sin renunciar á su primer sistema, vapulearon poderosamente á los que, no satisfechos con calumniarlos ó asesinarlos, amotinaban contra la autoridad de la Iglesia todas las ambiciones venales y todas las pasiones populares.

Wetter con su estilo impregnado de acrimonia y mal gusto habia conseguido su objeto entre los alemanes; entregado Garasse á los mismos extravíos del genio, se granjeó en Francia una popularidad incomparablemente mayor. El Jesuita Garasse es, por decirlo así, la discusión personificada, el folleto religioso, pero que rescata todos los errores de la inteligencia con una caridad que le hará morir en el hospital de los apestados de Poitiers. Teólogo y periodista á principio del siglo XVII, y entregado á todas sus cóleras con una prodigalidad de númen que nada es capaz de agotar, desgarró á Pasquier, cubrió á Servin del ridículo, y se multiplica para defender la razón. Intrépido siempre, incapaz de sucumbir á la fatiga, y mordaz constantemente aun en medio de sus excesos, trata menos de convencer que de mortificar á sus adversarios. En su *Doctrina curiosa de los excelentes ingenios de esta época*, y en su *Banquete de los siete sabios, celebrado en el domicilio de Mr. Luis Servin*, se muestra tan implacable con los principios como con las personas. Es un martillo que hiere á todas partes, pero sin ser dirigido por una mano hábil. Garasse es cruel y arrebatado en la expresión; y sin embargo este hombre, cuyo furor literario es tan verdadero y algunas veces tan tristemente justificado, tenia en el fondo de estas extravagantes licencias algunas ráfagas de poesía y una vasta erudición. Víctima ofrecida á todos los satíricos, que solo le conocen por el nombre, supo compensar con una muerte santa los febriles transportes de su imaginación. Para dar á conocer á este escritor en toda su originalidad, citaré-

mos el pasaje en que reprocha á los Protestantes el abuso que hacian de los Libros sagrados.

« Cuando veo algunos sugetos ocupados en forrajear en la sagrada Escritura y exprimirla textos expresos que autoricen sus comilonas; cuando prescindiendo de los antiguos herejes, libertinos, antitactos y carpocracianos, hallo que esta impudencia se practica mas impunemente que nunca, siendo á mi modo de ver el gordinflon de Martin Lutero uno de los primeros que han otorgado á los demás esta libertad; porque siendo preguntado este hombre, armazon de carne y sangre, por uno de sus discípulos que abrigaba aun en su alma algun sentimiento de virtud, por qué hablaba continuamente de comilonas y de licores, siendo así que esto era contra la honestidad, y cómo podia estarse cinco ó seis horas en la mesa, contestó con la mayor tranquilidad después de haber apurado quince vasos de buen vino: « Escrito está, dijo, segun refiere Rebenstok en sus Colegios, en el Evangelio de san Lucas, cap. xxi: *Oportet haec primum fieri, sed nondum statim finis*; esto es, que lo primero que debemos hacer, como buenos hijos de la naturaleza, es conservar el individuo por medio del condumio y la bebida, y que no debemos apresurarnos á concluir esta carrera. No es lo peor que yo encuentro en todo esto el que se embriaguen como bestias, ó que coman como marranos, si bien este modo de proceder es muy indecente. Beban y coman en buen hora, y hasta reventar si así les place; *non equidem invideo*, como repetia á menudo Martin Lutero á sus discípulos, que eran tan glotones como su maestro; tanto mas, como decia él, cuanto que el hombre ha sido criado para ello, y que los árboles no dan fruto sino para hartarnos y embriagarnos; pero lo que no puedo sufrir es que traten de autorizar sus borracheras y orgías con textos del Evangelio, aduciendo á este efecto las palabras del Espiritu Santo en Joel, capítulo 11¹. »

¹ Hé aquí cómo se expresa Mr. Sainte-Beuve en su *Historia de Port-Royal*, libro I, pág. 326, respecto al P. Garasse: « Que no carecia de genio, lo dicen igualmente Bayle y Rapin, añadiendo este último que habia estudiado la lengua, y que no la sabia mal. Su pésimo estilo pende en gran parte del de la época, y la mitad de lo que escribe prueba imaginacion natural. Balzac, que lo tenia en cuenta, le escribia á la cabeza de la *Suma*: *No será culpa mia ni de Mr. Malherbe que no ocupeis un rango entre los Padres del último siglo*. « El buen Racan, doctor singular, refrendaba después de Malherbe las mara-

Y juzgándose á si mismo, decia Garasse en la *Advertencia* de su *Suma teológica*: « El nacimiento de este libro se asemeja algun tanto al del emperador Cómodo: déseanle algunos, témenle otros, y no falta quien le mira con indiferencia. » « Respecto á mi estilo, añadia después este hombre que abusaba de todo, me bastará decir una sola palabra: escribo claramente y sin disfraz, eludiendo las metáforas cuanto puedo; si bien no ignoro que hago mal, puesto que sucede con las metáforas lo que con las mujeres; son un mal necesario. »

Los controversistas de la Sociedad de Jesús fueron desde un principio para la Santa Sede una vanguardia, dispuesta siempre á empezar las hostilidades; pero cuando se vieron en un campo de batalla mas vasto, cuando vieron reforzadas sus filas con nuevos adalides, se prepararon á otros combates mas serios, y crearon en su seno una falange de teólogos, que debian consumir su existencia en la investigacion y demostración del dogma católico.

Suarez, Vazquez, Molina y Cornelio Alápide, ó mas bien Cornelissen vanden Steen, abren la marcha. La teología no se limitaba únicamente á la ciencia de las cosas de Dios: hecha el blanco de la polémica corriente, servia de punto de partida á esos ingenios sucesivamente brillantes y sólidos, nerviosos y fecundos que en cada uno de los siglos se constituyen abogados de una verdad, de un sistema, de una idea ó de un partido. En las edades que precedieron á la nuestra, venian á ser los estudios teológicos la piedra de toque de las inteligencias. Combatíase á la sazón por Dios y por la Iglesia, como en la actualidad se combate por la libertad ó por el monarca; y se discutian los principios de la moral, como se discute desde aquella época la suerte de los imperios, y como se preparan ó se neutralizan las revoluciones. La escolástica de los teólogos es el periódico puesto en tomos en folio; pero un periódico que, mas afortunado que las hojas sueltas monárquicas ó constitucionales, absolutistas ó democráticas, sobrevivió al dia que la viera nacer y á la circunstancia que la

« villas de la *Suma*, como lo hubiera hecho Lafontaine. Por último, este pobre P. Garasse tuvo una muerte excelente, una muerte á la Rotron. Enviado á Poitiers durante la peste, y obtenido de sus superiores el permiso de asistir á los contagiados, se encerró con ellos en el hospital y murió del mismo mal, repitiendo estas palabras de la Escritura: *Anticipent nos misericordiae tuae quia pauperes facti sumus nimis.* »

produjo. Verdad es que los doctores en teología y en derecho canónico emplearon, como los publicistas modernos, una rara sagacidad y vigorosos talentos para sostener las creencias ó para perpetuar una enseñanza; pero sus libros sobresalen y sobresaldrán todavía por largo tiempo, ya porque se ocupaban de una ciencia que siempre será la verdadera, ya porque sus teorías, mas ó menos exactas, caminaban todas á saciarse en los raudales eternos de la fe. Unos hablaban á los pueblos de las cosas divinas, mientras que otros solo les entretienen acerca de los intereses humanos, de las pasiones, cálculos y crímenes del hombre.

Esta tendencia á la controversia, que desde el origen de la Sociedad existia en ella, no tardó en ser desarrollada por sus miembros. Vieron que la herejía daba pábulo á sus errores forzando el sentido de las sagradas Escrituras, de los santos Padres y de la tradicion, y que sus mortales venenos corrompian las fecundas aguas de la vida. Los Jesuitas probaron de purificarlas á fin de que los hijos de la Iglesia pudiesen saciar su sed sin peligro, y trataron en el silencio de la soledad y del estudio de atacar á la herejía en esta misma trinchera que creia inexpugnable. Suarez en sus veinte y tres volúmenes abraza y resuelve las cuestiones mas arduas; Gabriel Vazquez comenta á santo Tomás, á san Pablo y á los Padres, y expone la doctrina moral; Luis Molina escudriña el sistema de la gracia; Cornelio Alápide interpreta los sagrados Libros, y Jaime Bonfrère traza en su *Onomasticon* la geografía de todos los lugares citados en la Biblia. Diego de Celada se entregaba á los mismos trabajos, en tanto que Gaspar Sanchez y Juan Pineda, orientalistas é historiadores, se compartian los comentarios sobre Job, Salomon, los Profetas y los Salmos.

Las ideas germinaban entonces, y no podian producir hasta mas adelante los frutos que se aguardaban. Esta inmensidad de trabajos sobre la sagrada Escritura no fue capaz de intimidar á los Jesuitas: sabian que este era el código de todos los tiempos y países, al paso que el libro en que aparece la verdad en su estado primitivo, si bien controvertida eternamente por el error involuntario ó por la herejía. Importaba explicar los textos oscuros, y restablecer el sentido de algunos pasajes. Unos, como Juan Lorin, Pedro Lancelio, Juan Fernando, Adrian Crommio, Francisco Pavoni y Diego Baera, se entregaron á estudios que ocupaban una vida entera con el objeto de llevar cada uno su piedra al monu-

mento; mientras que otros, como Juan Menochio, desembarazaban el camino por el que iban á anticiparse en su gloria los grandes hombres del siglo XVII. Comprendiendo este Jesuita, hijo de un jurisconsulto italiano cuyo nombre hace autoridad aun, que habia mas arte en limitar su pensamiento que en extenderle indefinidamente; y sabiendo ser conciso cuando la prolijidad se habia hecho una de las necesidades del siglo, bosquejó, en sus *Instituciones políticas y económicas, extractadas de los Libros sagrados*, el plan que Bossuet y Fleury han desarrollado con tanta magnificencia. Aquí Francisco Mendoza, menos ilustre por su nacimiento que por su erudicion, compuso su *Viridarium*; allí Juan Bautista Villalpando y Ribera resucitaban las antigüedades hebráicas y el templo de Jerusalem. Martin Esteban describió sus bellezas, en tanto que Montmorency, enfermizo siempre, mitigaba sus padecimientos parafraseandó en verso los Salmos. Por último, Julio Mazarini, Martin de Roa, Fernando de Salazar, Luis de La Puente, Pablo Scherlock, Cristóbal de Castro, Agustin de Quirós, Caraccioli, Gabriel Álvarez, Diego Martinez, Fernando Jaen, Benito Justiniani, Tomás Massutius, Blas Viegas, Gaspar de Lamera y Juan Wilhem se dedicaron, cada uno segun su punto de vista, cada cual segun sus facultades intelectuales, á ilustrar las dudas, ó á resolver las objeciones que se presentaban, ó que la enseñanza hace nacer en los ánimos.

Los herejes no han cesado de decir que la Iglesia católica, y en particular los Jesuitas, trataban de ocultar á los fieles el conocimiento de la sagrada Escritura; y sin embargo, además de Belarmino, Toledo, Sa y Cornelio Alápide, ¿cuántos otros eminentes expositores han contestado con hechos á aquella imputacion? Acusábanlos de esconder la Biblia bajo el celemín; ellos recomiendan su lectura, la traducen y la explican en todos los pulpitos y en todos los idiomas. Parece que provocan las dificultades para darlas unas soluciones, que á los ojos de la misma ciencia deben tener mas autoridad que aquellas de que tantas veces han hecho alarde los Protestantes. Tal vez los eruditos de la Compañía no poseian con mayor perfeccion que los herejes de Alemania y Francia el griego y el hebreo, el siríaco y el árabe; pero los primeros se apoyaban en textos auténticos, en una basa fija y reconocida tal por todo el mundo cristiano, mientras que los segundos, después de haber rechazado la Vulgata, edificaban sobre la